

Dedicado al señor P., porque posee realidad ontológica.

Tres años antes del inicio del proyecto PRISMA.

”No es que me crea lo que digo, es que sé que es verdad”

N.A. *A continuación, se podrá leer una virtualización de una conversación que el autor tuvo con un amigo hace un tiempo. El primero, por diversos motivos, no quiere dejar claro cuál fue el papel que desempeñó en ella, de tal suerte que se ha empeñado en realizar un ejercicio de doble desdoblamiento literario.*

Por un lado, pondrá la sustancia teórica, la chicha, en boca de un sujeto que, si existiese, muy probablemente, sería objeto de su devoción.

Por el otro, la narración se efectuará en primera persona desde el punto de vista de un oyente que no debería estar escuchando. Esto permitirá al autor dos cosas:

a- Practicar la narración en primera persona.

b- Efectuar una alegoría, convendrá el lector que demasiado burda y fácil, de una condición que sufren muchos (entre amigos podríamos llamarle “mal de Watson”) consistente en no ser el protagonista de la propia vida.

Era una tarde de viernes, al principio del verano. Recuerdo que era viernes porque en caso contrario no habría tenido la tarde libre. También sé que era verano porque hacía un calor asfixiante. Sin ir más lejos, recuerdo que al salir del trabajo vi el asfalto de la avenida D*** temblar y dibujar los reflejos de los coches que circulaban sobre él. Un apunte: técnicamente no son reflejos. El elevado gradiente de temperatura desvía la trayectoria usual que seguirían los rayos de luz si tal variación no existiera (i.e. el camino óptico mínimo). Al construirse en nuestro encéfalo la imagen del exterior no se tiene en cuenta este fenómeno y, en consecuencia, al tratar el aire como un medio homogéneo por lo que respecta a su índice de refracción, ocurre que decidimos que ciertas partes de la luz recibida vienen reflejadas de un lugar del que en realidad no proceden. Resumiendo, la avenida D*** parecía algo así como un río largo y estrecho de oscuras aguas abisales, extrañamente recto. O, quizás mejor, una hendidura que desgarrase la ciudad realizada con algún instrumento de precisión quirúrgica e incrustada de azabache. Por último, sé que era una tarde del principio del verano porque a mediados ya estaba despedido.

Puesto que tenía la tarde libre y hacía un calor horroroso, al salir del trabajo (sobre las 2:30) decidí que la emplearía en refrigerarme tomando unos tragos, pero antes debía comer algo. No recuerdo que es lo que comí, pero seguro que fue algo que jamás podría entrar en un recetario saludable.

Tras comer lo que fuese que comí fui a mi bar favorito de la zona. Era un bar elegante, en el que servían buenas copas. Se estaba bien. El lugar era cómodo y tenía los acabados en madera. De fondo sonaba una música suave de registros muy variados. De vez en cuando se dejaban oír temas que parecían sacados de cabeceras de series policiacas de los años de la psicodelia. Ya sabéis de lo que os hablo, aquellas series protagonizadas por policías y detectives de anchos y magníficos bigotes y gafas de sol oscuras que luchan por la decencia en un mundo de playas y vicio, cruzando más de una vez la línea que separa ambos conceptos ya que la ley es tan sagrada que está permitido transgredirla para hacerla cumplir. Tipos de modales bruscos que persiguen y detienen a asesinos con el cabello afro y plataformas y psicópatas *disco* e investigan a megalómanos magnates del ocio nocturno hundidos hasta el cuello en tramas de especulación inmobiliaria y/o tráfico de drogas mientras acarician gatitos ronroneantes. En resumen: composiciones con un rollito *funky* adornadas con delirantes *riffs* de guitarra para dar profundidad, sensualidad y, ¿por qué no decirlo?, un rollito muy sexy.

No sé porque estoy hablando en pasado de tal bar si todavía existe, pero bueno. Lo importante es que es un bar. En éste, como en muchos otros bares, una parte importante de los parroquianos estaban juntos bebiendo solos. Caras tristes y cansadas reflejadas en los vasos de tubo y en las copas de balón. En las mezclas de destilados con refresco, en las cervezas, en los combinados más elaborados y todos los tipos de brebajes que allí se sirven y preparan. Entre tal grey me incluía yo.

Él entró al bar en el momento en que estaba terminando mi enésima cerveza y pensando en coger el tren para volver a casa. Entró como siempre, saludando y haciendo una dramática reverencia.

Él. Canino López Expósito, un perro sin familia. Por lo que respecta a tal personaje considero que sólo conviene detallar tres puntos de su aspecto.

El primero de todos se refiere a su vestir, una elegancia nacida del eclecticismo. Era como si alguien le hubiese transmitido un gran secreto, una gran verdad. A saber: que las auténticas belleza y elegancia nacen de la entropía y la asimetría. Todo lo que llevaba se consideraría fuera de lugar en nuestro tiempo y las distintas piezas que componían el anacronismo que vestía parecían ser mutuamente excluyentes entre sí, ya fuese por su forma, su color o su textura. Pese a todo esto, conseguía que el resultado final, aunque extraño, fuese agradable a la vista. Con la intención de que podáis haceros una imagen mental de la esencia de esta elegancia os sugiero que imaginéis que estáis en los años 20 y que en tal periodo ha nacido el *trap*. Si en esas circunstancias existiese un dios de los *traperos* vestiría como Canino.

El segundo se refiere a sus ojos. Lo que hay que destacar no es ni su forma, ni su tamaño, ni su color, ni ninguno de los otros muchos detalles irrelevantes con los que se podrían llenar miles de párrafos, sino lo que decían: Guerra.

Por último, su sonrisa. Una boca pequeña con dientes diminutos y blancos, ligeramente inclinados hacia dentro, que se torcía para generar un rictus

sardónico. Un cuchillo brillante y afilado. Una sonrisa que dejaba claro que aquella lengua, aquellos dientes y aquella cavidad resonante (*a.k.a.* boca) eran los instrumentos, siempre dispuestos y preparados, encargados de llevar a cabo los designios imperativos y belicosos de su mirada, ya fuera mediante la palabra, el esputo, el mordisco o cualquier combinación imaginable de éstos. Una navaja de Ockham perfectamente preparada para desgarrar todo aquello que se le pusiese por delante.

Después de que el camarero le devolviese el saludo, Canino avanzó por el establecimiento, entre la barra y las mesas para dos, lenta y sobriamente con la intención, diría yo, de dirigirse hasta el fondo y tomar asiento allí. Pero, tras dar algo así como una docena de pasos, vio a alguien. Las consecuencias de esta visión en las acciones de Canino fueron: un cambio en la orientación de su cuerpo para dejarlo encarado respecto a aquel sujeto y una transformación de su paso, el cual se acortó y aceleró, haciendo que su porte pasase de resultar barrocamemente grave y solemne a ser alegre, cómico y, quizás, un tanto ridículo.

Al llegar a la mesa para dos en que el sujeto causa de estos cambios estaba sentado solo, Canino se detuvo y exclamó:

- *¡Monsieur P! Comment ça va?*

- ¡Mira quién ha aparecido por aquí!, el sofista más grande de todo el V*** O***.

- *Vosté s'equivoca de mig a mig.* De sofista nada, ¿o es que te crees que mi creador eligió mal mi nombre? –Respondió Canino poniendo una cara de falsa indignación. Acto seguido giró la cabeza unos 270 grados sexagesimales hasta orientarla al camarero y cortésmente, como sólo él sabe hacer, gritó- Para mí un *Gin Fizz* y para el caballero otra de lo que está tomando. -Acto seguido deshizo el giro y se quedó, de nuevo, mirando solícito al señor P. - ¿Te importa si te acompaño o eso destrozaría tu preciosa soledad?

- Por supuesto que me importa. Me parece muy buena idea- dijo riendo el señor P.

Tras presenciar tal escena decidí que quizás era mejor pedir otra cerveza y contemplar cómo se desarrollaba todo. Total, no tenía nada mejor que hacer y además la trama prometía. Al parecer no fui el único que tomó una decisión similar. A dos mesas de distancia de donde se desarrollaría la “acción” de esta narración había un Individuo que al oír el saludo de Canino al señor P. salió de un ensimismamiento¹ solitario, apartó su móvil a un lado (al parecer estaba configurando algo en una aplicación con gran esmero), y se dispuso a escuchar, intentando disimular, la conversación que iba a tener lugar entre ambos. No sé si Canino o el señor P. se dieron cuenta de que el Individuo les estaba escuchando o si su disimulo funcionó con ellos, pero conmigo no.

¹ N.A. Ensimismamiento. Condición de estar en-sí-mismo. Estrictamente, ¿se puede no estar ensimismado?, uno siempre es él. ¿Es esta nota un *spoiler*? ¿Existe una palabra decente para decir *spoiler*?

Canino apartó la silla frente al señor P. se puso por delante de ella y se sentó, todo ello con una gracia más propia de un escenario o de un enfermo de histrionismo que de un bar, por muy elegante que éste sea.

- ¿Cuánto tiempo hace que no nos veíamos? -preguntó Canino.

- Pues ni idea, puede que cuatro meses o así, ¿no? No sabía que venías a este bar.

- Ahora que sabes que vengo por aquí quizás decides no volver. – Añadió Canino mordaz.

- Inútil.

- Gracias.

- ¿Gracias? ¿Qué quieres decir con eso? ¿Canino respondiendo cortésmente a un insulto? ¿Te estás muriendo o algo así? – dijo con una mezcla de desconcierto, sorpresa y diversión.

- Vayamos por partes –repuso Canino-. Voy a responder todas tus preguntas, pero en el orden que me dé la gana. En este caso seguiré un criterio de *recencia*. Si me preguntas si me estoy muriendo te diré que sí, ¿qué ser vivo no está continuamente haciéndolo? En cambio, si me preguntas si padezco alguna enfermedad maliciosa que haga más negativa de lo normal la derivada de lo que me queda de vida respecto al tiempo, te diré que no (al menos hasta donde yo sé). En lo que respecta al “insulto”, dada nuestra relación no lo considero como tal, sino más bien algo que deja muy claro el valor del afecto que sientes por mí. –En ese momento, tan jodidamente bueno para mantener un ritmo interesante en la presente narración, Canino interrumpió su exposición para admirar los refrigerios que les traía providencialmente el camarero, un *Gin Fizz* y un *Whisky Sour*, y darle las gracias en forma de unas pocas monedas. –Déjame beber un traguito y sigo explicándotelo.

- De acuerdo, *al seu ritme senyor*. –Dijo el señor P. mientras Canino bebía.

- Tssss... -Rechistó de manera casi automática Canino, interrumpiendo su “traguito” convirtiéndolo, en el acto, en no más que un mojarse los labios-, señorito, que no estoy casado ni nada parecido. –Ahora sí que le dio un trago- ¿Prosigo?

- Claro, *nen*.

- Bien. ¿Qué qué quería decir con eso que he dicho? Pues quería decir exactamente lo que he dicho, en este caso “gracias”. Si hubiese querido decir otra cosa, hubiese dicho otra cosa. Quizás la pregunta que deberías haberme hecho era “¿Qué idea quieres transmitir con eso?” o “¿A qué te refieres?” o cualquier mierda por el estilo.

- Y, ¿qué me responderías en el caso de que te hiciese una de esas preguntas “correctas”? -Preguntó el señor P. haciendo énfasis en la última palabra, dejando claro con la articulación de su voz que ésta estaba entrecomillada.

- Pues que quería mostrar mi gratitud hacia tu persona.

- J***. Eso sí que no sé cómo encajarlo. Lo de ignorar los insultos lo había oído alguna vez, te conozco y no eres de esa escuela ni de lejos, pero ¿agradecerlos? Estás *colgao*.

- Es muy sencillo. Teniendo en cuenta la relación que tenemos. ¿Es inútil un insulto? Por supuesto que lo es. ¿Pero qué es lo que significa? Ahí es donde está todo el jugo del asunto. Que me llames inútil significa, según tu criterio, que no tengo utilidad, que no sirvo para nada y, en consecuencia, que no se me puede sacar provecho. Y tú me reconoces como tal. Y, aun así, ¿dónde estoy ahora? Frente a ti, tomando una copa contigo, porque has aceptado que te acompañe y decidido dedicar voluntariamente un tiempo a una persona que no te sirve para nada, más bien con alegría que con tedio. Eso es lo que demuestra que el afecto o el cariño son verdaderos, efectuarlos sin considerar la utilidad del “afectado”. Si hay un verdadero amor seguro que es antiutilitarista. Cuando se actúa con aprecio ante una persona a la que se ha declarado explícitamente inútil se está delante de un aprecio genuinamente puro. La otra opción que había era que estuviese comportándome como un cristiano excesivamente beato poniendo la otra mejilla y, como bien has dicho, para mí eso sí que es un pecado.

- Pfffff- Bufó el señor P. – tienes que dejar de psicoactivarte.

- Lo mismo te digo –dijo Canino. Acto seguido ambos rieron y bebieron. - Ayer estuve en el ensayo de los G***.

- Y, ¿Qué tal?

- Bueno, pues podríamos decir que bien. Pasé un buen rato y no la fastidié demasiado. Había mogollón de peña. Creo que era porque en breves tienen un bolo con otros grupillos del local. Imagínate si había gente que incluso vi por allí al Señorito.

- ¿Al mismísimo Don Ases En La Manga?

- Como te digo. El mismo que viste y calza. Aunque por el jeto que llevaba parecía que estuviese en una partida de backgamon o parchís en que poco le valdrían sus naipes ocultos.

- Pobre diablo ¿Enzarpado?

- Ya te digo. No podía tener los dientes quietos. Pero además de eso estaba bastante inquieto. Incluso me dijo que había descubierto su nuevo verbo favorito mientras leía a nosequién.

- Y, si puede saberse, ¿Cuál es?

- Adrizar.

- Me imagino que será su verbo favorito por motivos fonéticos.

- Yo también lo pienso así. La cuestión es que busqué la definición en un diccionario y le va que ni pintada.

- ¿Qué significa?

- Pues es un verbo de marineros. La cosa va de enderezar algo que no acababa de estarlo, especialmente el barco.

- Estabas en lo cierto. Pero más le convendría al Señorito adrizarse, si es que se conjuga así, de una vez por todas. No he visto a nadie más parecido a un yoyó que él. O está adrizándose o, por seguir el símil, escorándose.

- Quizás le vendría bien que por fin alguien le adrizase algo- Canino y el señor P. rieron estruendosamente – Si fuese más él mismo. –Añadió antes de que el señor P. terminase de reír consiguiendo que la carcajada de éste se alargase un poco más.

- No podías quedarte calladito. –Dijo el señor P. mientras recobraba el aliento- Tenías que usar la tautología más falsamente profunda y trillada de la historia.

- Te agradezco que no me decepciones. Odio esa frasecita junto con todo ese rollo del autoestima acrítico.

- Ya te digo. Si ser tú mismo va a hacer que seas un monstruo mejor que dejes de serlo. Ojalá alguien se lo hubiese dicho a esos malnacidos antes de cruzarse con esa muchacha.

- Y si no eso, por lo menos un “si vas a comportarte como un auténtico cabronazo nos harías un favor si te dices cuenta de que no tienes motivos para quererte por que no te has ganado ese derecho. Despréciate un poco, que motivos no te faltan, *s’il vous plaît*”.

- Eso en el caso de que pasemos un poco por el aro de la dichosa expresión. Hasta donde sé, uno está obligado a ser él mismo. Más que obligado, fatalmente condenado.

- Obviamente. El azul es azul y el amarillo, amarillo. –Afirmó gravemente Canino.

- Lo peor de todo es que cuando se suele utilizar es para, implícitamente, negar como válida una forma de ser-uno-mismo.

- Prosigue, por favor. Aunque, conociéndote, creo que ya sé por dónde van los tiros.

- No lo dudo. Eres un tío listo. La estructura en que suele utilizarse esta frase es: “No te avergüences, sé tú mismo y *blablablá*”. ¿Acaso la liebre deja de ser liebre cuando se esconde de mi al pasear por los bosques de la T*** M*** H***? ¿Y el camaleón deja de ser camaleón cuando para esconderse cambia su color? ¿No son esas cosas las que hacen, realmente, a la liebre y al camaleón?

- ¿Me dejas acabar a mí? Si acierto me invitas a otra copa, que ya he roto el vaso. –Interrumpió retadoramente Canino.

- ¿Te gustan las pistolitas? Adelante.

- Si eres un individuo con la suerte de ser fabulosamente chachi y te encuentras con un desventurado que, por poner el ejemplo más evidente, está triste o meditabundo porque quiere juntarse un ratito con alguien y no lo ve muy claro y cuando se cruza con ese alguien se le traba la lengua, le tiemblan las rodillas, se enciende como un semáforo que esté impidiendo el paso y poco le falta para llegar al ictus o bien desear que la tierra se lo trague ...

- ¿Hablas del Señorito? - Dijo el señor P.

- No, en general. Pero él sería un ejemplo perfecto. Pues eso. En tal caso, si tú vas y le dices esa frasecita sólo hay dos opciones. Primera: estás negando la compatibilidad del ser con “ser tímido”, es decir ser tímido es no ser, puesto que si siéndolo, fuese, entonces sería él mismo y de nada le valdría tu frase. Segunda: con tu rollito de paz y amor no estás haciendo otra cosa que decirle “Noi, en el mercado eso de quedarse inmovilizado no se vende demasiado bien, así que si la primera reacción que tienes (que sería precisamente aquella a la que la frase aludiría) es ser incapaz de reaccionar imposta una actitud extrovertida que sin presiones no tendrías en la vida”. Es una afirmación bastante salvaje, que sin esas medias tintas del gurú posmoderno que confunde la profundidad con el exceso de superficialidad, estaría dispuesto a debatir y quién sabe si aceptar.

- Excelente. Has dado en el clavo. ¿Eso significa que soy ya un sofista a tu nivel? No sé si el V*** O*** será lo suficientemente grande para los dos.

- ¡Qué cabrón! Más te vale callar si no es para pedirme esa copa. Por cierto, ya que hemos abierto un melón tan jugoso y están por venir un par de *pelotis* ¿Te parece buena idea seguir con el tema?

- ¡He aquí la manía del ser humano de hablar por el simple hecho de demostrar que puede hacerlo! Yo estoy sujeto a la misma maldición así que me parece cojonudo. –Dijo el señor P riendo, a lo que añadió, girándose hacia la barra – ¡Buen hombre! ¡Otra ronda, por favor!

- Yo diría que se debe más bien al clásico *horror vacui* occidental, pero bueno. – Corrigió Canino- El tema del ser no es un asunto trivial, pero creo que he llegado a entender algunas de sus claves.

- ¡Ilústrame, oh, sabio!

- ¿A quién narices estás hablando? –Contestó riendo Canino, mientras miraba ansiosamente como llegaban los lingotazos que habían pedido y que, ahora, el camarero depositaba cuidadosamente en la mesa. - Bueno, a lo que iba. No se puede hablar del ser sin traer con él al resto de verbos copulativos: el estar y el parecer. Cuando hablo de estar me refiero al de, por ejemplo, “estar de *bajona*” no al de estoy en S*** y confirmo que es la peor ciudad del mundo.

- Perfecto, antes teníamos un problema y ahora tres. ¿Habrás que pedir más rondas? Si es así pagas tú.

- Todo se andará. Seguro que más de una vez has oído un “en el fondo es bueno”. Yo prefiero entender que si uno, principalmente, hace cosas malas es malo. Y punto. Por muy culpable que luego se sienta.

- ¿Y qué es ser malo?

- A mi parecer, ser malo es dedicarse a hacer la púa al resto de manera consciente o inconsciente, en éste último caso si se debe a una ausencia de reflexión sobre el acto que hubiese permitido identificar la posibilidad bastante predecible de generar un dolor. Todos hemos hecho algo malo en más de una ocasión. ¿Eso nos hace ser malvados?

- ¿Acierto si la respuesta es un depende?

- Correcto. Según lo entiendo yo hay dos factores a tener en cuenta. La frecuencia con que se hace daño y su intensidad, su grado. Si fuésemos sumando el dolor que genera una persona según estos parámetros llegará un momento, no tengo ni idea de cuál, en que podamos decir: “más allá de aquí se es malo”.

- Frena un poco. Estábamos hablando del ser.

- Sí. Pero el ser consiste en hacer cosas, o aparentemente nada si eres una piedra, y los casos extremos siempre van bien para ejemplificar.

- No me jodas *manito*, es viernes y quiero alegría, busca otro ejemplo.

- Veamos... -Dijo pensativo Canino. - Probemos de otro modo. Pongamos que has hecho algo que te ha acarreado una lesión, muy pequeñita que, como bien has dicho, es viernes. A mí me contarás que estabas haciendo el capullo, que te habías tomado unas copas y un montón de chorradas más. Cuando se lo cuentes al médico, omitirás cierta información. Y cuando se lo expliques a tu abuelita, lo harás de otra manera. La lesión la tienes tú, pero tú te comportas diferente en cada uno de los tres casos. ¿Es que hay tres tú? Aquí entran los verbos copulativos. Mi hipótesis es que hay un SER compuesto por estos tres verbos. Tú, el SER, te lesionas. Cuando me cuentes a mí tu percance, serás amigo (el SER *es* amigo), cuando vayas al médico serás paciente y con tu *iaia* serás nieto. ¿Y mediante qué mecanismos el SER pasa a ser? Haciendo uso de los dos verbos restantes. El SER es muy listo y sabe que cada situación requiere un *ser* diferente. Para lograrlo buscará entre todas sus herramientas (gestos, conductas, palabras, entonaciones) la forma de parecer aquello que en esa situación le corresponde *ser* y si lo logra adecuadamente logrará estar *siéndolo*. En caso contrario parecerá y estará siendo otra cosa.

- ¡Vaya! No sabía que yo ERA un director de teatro.

- Dicho más sintéticamente: El SER es quién escoge los estar siendo que adoptas durante tu vida cuando pareces cualquier cosa. Poquita cosa más que comparar podemos hacer, la verdad.

-Muy hegeliano, ¿no? -Dijo el señor P. riendo- En términos científicos podríamos decir que el SER al que juzgamos, como bueno o malo si volvemos a tu primer ejemplo, no es más que la integral definida entre el nacimiento y el

momento actual, de los diferenciales de ser. Y que los diferenciales de ser no son otra cosa que estados que son función del parecer.

-Joder. Un planteamiento muy sexy. Sexy como sólo las matemáticas pueden serlo. Pienso copiártelo. –Dijo Canino mientras reía y se moría de ganas de guiñar el ojo, gesto que no sabía hacer. ¿Quizás su SER prefería tener siempre los dos ojos abiertos?

Así, entre risas, se inició una tertulia típicamente insustancial entre el señor P. y Canino y, como en mi vida ya tengo bastante de eso, decidí ignorarla y acabar la cerveza que había pedido. En verdad no fue un ‘ignorar’ deliberado y decidido, sino más bien que una desviación de mi atención (quién sabe si debido a las $n+1$ cervezas que había tomado) se posó sobre la marquetería de la barra del bar.

La barra estaba decorada por unas zigzagueantes cenefas, dispuestas en filas. Las cenefas de cada fila eran iguales al resto en lo que a sus propiedades periódicas respecta, y sus alturas máximas y mínimas también eran las mismas, pero presentaban un desfase total con las adyacentes, tanto por arriba como por abajo. De esta forma se tenía que para cualquier fila los puntos con una altura mínima de ésta se encontraban en la misma vertical que los puntos con una altura máxima de las cenefas inmediatamente superior e inferior. Además, estos pares de puntos también se encontraban a la misma altura, resultando que la combinación de las cenefas dibujaba, nuevamente en filas, concatenaciones de rombos, esta vez sin ningún tipo de desfase.

- ... el salmón ... cuatro minutos...
- ... queda bien?
- Jugoso, jugoso.

Aunque ya no prestase atención su ruido me seguía llegando y traía consigo fragmentos de su cháchara.

En el conjunto de las cenefas zigzagueantes había tres o cuatro tipos de madera de diferentes tonos y cada una de ellas estaba íntegramente hecha de una de ellas.

Algunos de los rombos intersticiales se habían rellenado con trozos de madera pintada en varios colores. Recuerdo algunos de estos colores: rojo, blanco, azul celeste, negro. El resto no.

- ...?
- Iré a S***.
- Mal rollito.
- El peor sitio del mundo.

No logré encontrar ningún patrón relativamente sencillo que me indicase de qué tipo de madera debía ser cada cenefa según la fila en que estuviese o el tipo de madera de las adyacentes, ni de qué color debía estar pintado cada rombo si es que debía estarlo. Lo único que podía concluir es que la barra era caótica y, aun así, me transmitía serenidad y armonía. Me encantaba el enigma que sugería. ¿Las cenefas habían generado, en su trazado, los rombos o era justo al contrario? Quizás se había querido hacer ambas cosas y la única manera de conseguirlo era

mediante ese caos. También me encantó que ese caos me recordará el vestir del esperpento que haciendo una reverencia había entrado hacía poco al bar. Esas ideas me dejaron allí, bebiendo y pensando acerca del mundo infinito de lo geométrico y en lo infinito que ya resultaba antes de que se le añadiese la geometría analítica.